
Orlando Sifontes
Coordinador de aldea Universitaria
Andrés Bello – Misión Sucre
celesifo11@gmail.com

Vision Cultural:

Pensar y Hacer la Cultura

no de los elementos fundamentales para llevar por buen camino un proceso de transformación en donde se pretenda cambiar los viejos esquemas que han carcomido nuestras raíces y principios culturales, tiene su asiento en el proceso cultural y educativo. Si no se revisan estos dos factores y se le asigna el interés necesario para crear nuevas estructuras y facilitar los cambios que nos permitan tener un blindaje contra el fenómeno de la transculturización, indudablemente, nos encontraremos con muchos más obstáculos para alzar el estandarte de desarrollo e independencia absoluta. En este sentido, es necesario enfatizar sobre este aspecto, porque la dominación cultural tiene efectos mucho más poderosos que aquella que se realiza

por vías violentas. Si se domina al pueblo a través de su cultura se convierte este fenómeno en una acción irreversible que nos lleva a luchar en contra de nosotros mismos, debido a se generan situaciones temporales que se vuelven cada vez más naturales y las nuevas generaciones las defenderán pensando que eso es lo que deben seguir e idolatrar.

Es una lucha desigual la que entablamos los que nos consideramos radicales, aunque para los defensores de estos fenómenos transculturizadores no somos más que obsoletos y prehistóricos; luchar contra las maquinarias publicitarias, esas que descansan con las inmensas ganancias que reportan sus flamantes “proyectos de comunicación”, es una pelea titánica y desgastadora que a la larga encierra la po-

sibilidad de adosarse a ella sin darnos cuenta, porque terminamos escribiendo nuestras plegarias con elementos que esas mismas maquinarias nos proporcionan y terminamos lanzando zarpazos utilizando los mismos medios contra los cuales luchamos.

Hablar de nuestra cultura es hablar de lo que somos, de lo que comemos, de lo que nos viste, de lo que nos hace apegarnos a nuestras creencias, es nuestra carta de presentación ante los demás seres que nos circundan. Referirse a la cultura de un pueblo significa dar respuestas a diferentes interrogantes: ¿de dónde venimos?, ¿quiénes somos? y ¿hacia dónde vamos?; la cultura es nuestra fe, en algún momento escribí: *"la fe, es un sinfín de hilos que sustentan el yo y el que no esté sujeto a alguno de estos hilos, simplemente no existe"*. Nadie puede vivir en sociedad y decir que no pertenece a la culturización de esa sociedad; nadie puede ser ermitaño radical.

Por esta razón vivimos sumergidos en un maremoto de procesos culturales; algunos por tradición forman parte de nuestras vidas, otros por conveniencia, pero hay que tener convicción y capacidad para distinguir que es lo que podemos asimilar que no dañe nuestra filosofía, nuestra identidad y nuestro modo de vida. La idea no es relegarse y taparse los oídos y los ojos ante lo que estamos viviendo, aislarse sería una manera de permitir la penetración cultural; hay que participar, debemos aprender a diferenciar aquello que daña lo que representa nuestro gentilicio, nuestras raíces de aquello que busca doblegarnos y hacernos dependiente convirtiéndonos en consumidores empedernidos de otras costumbres y de otras culturas.

Dentro del avance que indudablemente ha habido en estos tiempos de transformación, ha sido muy tímida la dedicación referente al desarrollo de los procesos que tienen que ver con la cultura. Creo que la respuesta no ha sido cónsona con el reto planteado para fortalecer y proteger nuestros procesos culturales; hay disposición gubernamental y una preocupación para que esto sea factible y tengamos un pueblo más identificado con sus propias creencias y costumbres; sin embargo, la política cultural que hasta ahora se ha implementado no ha tenido los resultados deseados, entendiendo que nadie es dueño absoluto

de la verdad y que mi valoración se apoya en el contacto con los diferentes sectores. La forma como se han venido manejando la diversidad cultural y el deterioro que se ha manifestado, evidencia el rechazo hacia lo nuestro, denigrando enormemente de lo que somos y de aquello que nos han permitido ser pueblo.

Se nota con preocupación, que contando con los recursos humanos y económicos, contando con muchas infraestructuras, no se observan resultados en la evolución y preservación de nuestra cultura. El grueso de los problemas que siempre hemos tenido siguen latentes, solo un grupo reducido actúa y evalúa, con una visión restringida que dirige su atención a lo de siempre, esto es ha enaltecer lo evidente y olvida que en el colectivo están las verdaderas raíces y la nueva cultura. La mendicidad sigue dominado la política cultural, entendiendo este aspecto como que los verdaderos cultores tienen que implorar atención para ser tomados en cuenta y ejecutar sus proyectos.

El desarrollo de los procesos culturales no puede ser excluyente, no debe ser selectivo, no debe ser sometido a exámenes que quedan a consideración de pocos, aquellos que a veces no tienen idea de lo que deben considerar, significa un gran atraso dentro de este proceso, pensar que aquello que no conocemos o no nos proporcionan elementos para sobresalir en los titulares de los distintos medios de comunicación, debe ser sometido a rigurosos procesos de selección, mitigando así su valor y menospreciando su importancia. Para conservar nuestra identidad, idiosincrasia, gentilicio y diversos valores y manifestaciones culturales, no puede dejarse la toma decisiones en las manos de una minoría, que por compromisos políticos coyunturales, asumen posiciones para destacar sus fortalezas sin considerar los distintos matices que la otredad nos ofrece.

Si queremos tener cambios notorios y adecuados a los propósitos que implica una revolución desde todos los flancos, hay que depurar todos los sistemas que participan en la construcción de una visión cultural; la premisa fundamental debe estar representada en la participación y el aprovechamiento de los recursos disponibles.

Cada quien debe sentir que está dentro del huracán revolucionario y transformador, todos debemos

participar de estas transformaciones con entereza y evitar que pocos se apropien de la razón y muchos participen en la construcción de una cultura colectiva. Hacedores de cultura o “cultores” somos todos y una posición ideológica no debe crear dioses o salvadores culturales.

Hay que buscar que los procesos culturales estén sólidos y bien definidos ante las pretensiones hegemónicas y ante cualquier elemento perturbador que pretenda menoscabar los principios que enraízan lo que somos. Es importante desarrollar procedimientos que nos permitan fortalecer y equilibrar nuestra cultura con el colectivo y los esfuerzos del estado, blindarla de los “elegidos” en los que prevalece una visión cultural personalista, aquellos que marcan la acción cultural desde su visión particular y mutilan los caminos a los verdaderos hacedores culturales.

Las acciones culturales se dan de manera natural, desvirtuadas o no, pero es la gente la que las lleva a cabo, todos los días, en cada momento, lo que toca a los entes encargados de administrar los recursos, es proporcionarles al colectivo las alternativas para desarrollar de la mejor manera estos procedimientos, hay que indagar en las corrientes genuinas del saber del pueblo y no imponerle recetas que no dan la amplitud de satisfacer las necesidades de todos.

Las instituciones que han nacido de las posiciones políticas y que en muchos casos su conformación desde el punto de vista de recursos son cuotas que hay que pagar por estar inmersos en las campañas políticas, se han convertido en fortines culturales, en planificadores y ejecutores de actividades que en la mayoría de los casos ni siquiera forman parte de una política para el desarrollo de los procesos culturales, sino que son lastres que vienen más que todo degenerando nuestro quehacer y propiciando anticultura.

Pareciera que el pueblo ya no sabe hacer lo que ayer hizo y que necesita de los “salvadores culturales” para que lo programen y ejecuten lo que por convicción y tradición le corresponde; así vemos por ejemplo, que los carnavales, por nombrar algunas de estas expresiones, que debe ser una manifestación con una connotación sobre todo de carácter filosófica y religiosa, se convirtieron en una manifestación de oportunidades para unos pocos, donde el consu-

mismo y la violencia entre otros aspectos, desvirtúan su naturaleza. Parece que las excepciones son las reglas a seguir y desde las diferentes instituciones, mal llamadas culturales, se siguen ciertos patrones para mantener comportamientos culturales que siguen menoscabando las bases populares del saber y del ser.

Las instituciones encargadas de propiciar y administrar los recursos destinados para las diferentes acciones de carácter cultural de las regiones, deberían desempeñar una función orientadora, canalizadora de propuestas, investigadoras de lo que verdaderamente somos, en síntesis, estas instituciones tienen que dejar ser los padres absolutos de una criatura que nació desde que apareció el hombre y que a través de los tiempos el mismo hombre ha venido cambiando dependiendo de sus necesidades y adaptándola a los momentos que les toca vivir.

La cultura la hace el pueblo; la sistematización de algunos procesos culturales las llevan a cabo instituciones y agrupaciones que deben responder a los sentimientos populares. Es necesario que el pensamiento y el hacer cultural sean coherentes, lo que

